

## EL ÚLTIMO NEGRO

Ricardo Menéndez Salmón

**E**l tópico exige que, antes de hablar de la novela que nos ocupa, exprese mi placer por estar sentado a esta mesa y hacerlo en tan grata compañía. El lugar común, que es un molde fecundísimo, casi una madre nutricia donde el escritor acude a menudo, no es hoy mera cortesía. Y aunque presentar a Ramón Buenaventura pudiera parecer cosa innecesaria, habida cuenta de la repercusión que sus anteriores libros, sobre todo *El año que viene en Tánger* y *El corazón antiguo*, han tenido entre un sector de la crítica y del público, sí desearía precisar un aspecto que contribuye singularmente a ese placer al que antes aludía.

Me refiero a la labor que Ramón Buenaventura viene desempeñando desde hace décadas como traductor. Ya cuando era adolescente me preocupé por buscar, en las páginas de los libros que leía, el nombre de aquel o aquella que, a menudo en letra bastardilla y en caracteres minúsculos, acompañaba bajo el rótulo de «traductor» al cuerpo 18 compuesto en negrita o en versalita del escritor o escritora de turno. Así es cómo, por culpa de una manía, he crecido asociando apellidos célebres que jalonan la historia de la literatura con otros que, casi siempre, carecen de rostro, salvo excepciones puntuales como el caso Proust/Pedro Salinas. Cuando digo Dostoievski, siempre pienso en Augusto Vidal; cuando digo Faulkner, siempre pienso en José Luis López Muñoz; cuando digo Bernhard, siempre pienso en Miguel Sáenz. Al cumplir 18 años leí dos libros que no cambiaron mi vida, porque ningún libro cambia nuestras vidas, pero que me insinuaron ciertas cosas, materia oscura que yacía en mi interior, y que lo hicieron a través de imágenes que en muchos casos no entendía, pero que me interpelaban con una fuerza, una singularidad y una capacidad para turbarme que todavía hoy me acompañan. Me refiero a las *Iluminaciones* y a *Una temporada en el infierno*.

También a mí, qué duda cabe, me había llegado entonces la hora de abrazar el alba de estío. Pero ese abrazo me llegaba de la mano de un tal Ramón Buenaventura, nombre interpuesto entre el muy real Ricardo Menéndez Salmón y el casi mítico Arthur Rimbaud para hacer inteligible a aquél la alquimia verbal de éste. Fue esa la primera vez que oí hablar de Ramón Buenaventura, pero nombre tan rotundo y apellido tan eufónico no se me olvidaron ya nunca. Más tarde, en el curso de mis trabajos y días, me re-encontré con el nombre de Ramón Buenaventura a través de Sylvia Plath e Ingeborg Bachmann, hasta que ya más recientemente tuve oportunidad de leer su traducción de *Las correcciones*, la novela de Jonathan Franzen, y sus dos versiones para Seix Barral de ese gigante de la literatura que se llama Philip Roth. Hoy, y de ahí ese placer sincero, incluso para un convencido nominalista como es quien les habla, el nombre, al fin, se ha hecho hombre.

\* \* \*

Saldada esta deuda personal, que espero sepan disculpar, me adentro ya en el mundo de *El último negro*, texto que obtuvo el premio Fernando Quiñones de novela en su edición del pasado año 2004. Resumir esta obra no es tarea sencilla, pero trataré de esbozar al menos tres temas que aparecen en ella y que pueden servir de introducción a su lectura.

El primero de esos temas está insinuado en el exordio, una cita de la *Política* de Aristóteles que dice así: «Todo trabajo asalariado absorbe y degrada la mente». *El último negro*, en efecto, cuenta la historia de un rico industrial que quiere escribir una «mala novela», algo que desde las primeras líneas de la obra se nos confiesa es moneda corriente en determinados ámbitos. Para satisfacer semejante prurito, el mencionado industrial, que como él mismo asegura no cree ni en Dios ni en el Hombre, y que ha alcanzado una máxima de sabiduría seguramente incuestionable («la felicidad es una decisión personal»), se servirá de un negro literario. El proceso de «adquisición» de este negro compromete prácti-

camente todo el desarrollo de la novela y es el *leitmotiv* que vertebra la peculiar visión de las entretelas del mundo literario que asoma a sus páginas. El tema no es nuevo. Citaré dos antecedentes que nos permitirán profundizar en la obra que nos ocupa y que arrojarán luz sobre las peculiaridades de este singular (y a veces muy complejo) artefacto que se titula *El último negro*.

El incomparable Cyril Connoly, autor de esa obra maestra que es *El sepulcro sin sosiego*, dejó una novela inconclusa, *Ampara esos laureles*, donde se contaba la vida de sir Mortimer Gaussage, novelista de éxito que no escribió una sola de las líneas que le consagraron como autor. Connoly filtró en dicho texto una sentencia casi delfica: «Siempre se escribe sobre un cadáver». Hace unos años, Luis Magrinyà, uno de nuestros mejores escritores, echó lo que yo considero su primer y único borrón literario al escribir *Los dos Luises*, por otro lado merecedora del premio Herralde de novela, lo cual no deja de constituir una ironía. Independientemente del valor de la novela de Magrinyà, lo que nos interesa es que en ella el escritor mallorquín, que muestra las cocinas donde se cuecen las luminarias de nuestro tiempo al narrarnos el auge y caída de un dúplice genio literario, expresa la siguiente convicción: «Una cosa que obtiene éxito compromete a la sociedad que se lo prodiga; es por tanto imposible poner en entredicho a la una sin poner en entredicho a la otra».

Ambas citas encajan como un guante en el universo que Ramón Buenaventura diseña en *El último negro*. No voy a detallar las peripecias que se narran en este libro, pero les puedo asegurar que escritores, editores y agentes literarios roban, plagian, desean a la mujer del prójimo, mendigan, se prostituyen, suplantando personalidades, planean venganzas e incluso (aunque esto se puede discutir) asesinan. Obviamente, no hará falta deducir las consecuencias que de estas actitudes se pueden colegir respecto de la sociedad que las prohíja. La mentira, la hipocresía y la falsa conciencia no nacen en el taller del solipsista. Es necesario un caldo de cultivo apropiado para que florezcan. Y el capitalismo y uno

de sus muchos corolarios, la mercantilización de la literatura, es ese caldo de cultivo.

En este magnífico crepúsculo de las ideologías que llevamos viviendo hace años, nos hemos ido congregando en un espacio hasta hace poco desconocido y, para muchos, casi mágico. Ese espacio, que antaño pudo darse al amparo de un símbolo religioso o bajo el cobijo de una bandera, recibe hoy el nombre de *mercado*. El mercado es hoy nuestra catedral y nuestra patria. Nacemos para el mercado, trabajamos para el mercado, soñamos para el mercado. Mientras duermen, nuestros hijos murmuran insondables arcanos: Nike, Panasonic, Coca Cola. El mundo postmoderno es el mundo del mercado, teatro en el que cada cual, con una cesta de la compra en una mano y la palabra *libertad* tatuada en la frente, asiste complacido al desfile de toda clase de maravillas. Pasan la oveja Dolly y los vídeos sexuales de Paris Hilton; pasan la tristeza de la princesa de Asturias y la apoteosis romana de un papa polaco; pasan la fisión del átomo e hileras de cocaína marcándole un gol a Maradona. Y, cómo no, pasan también los productos de la cultura.

Digámoslo de una vez, sin ambages ni miedos: el libro, aquel raro objeto que un día Ray Bradbury temió que pudiera ser destruido por el fuego del fascismo, se ha convertido en un producto al alcance de cualquier comprador, hasta el punto de que no cabe pensar en fuego alguno, si exceptuamos el de la estupidez, que lo devore. Y, sin embargo, lo que a primera vista parecería ser una excelente noticia, no acaba de redundar en beneficios tangibles.

La postmodernidad ha borrado la distancia entre el lector y cualquier otro tipo de consumidor, y basándose en la falacia de «cultura para todos» (falacia no porque «cultura para todos» no constituya un *slogan* por el que merezca la pena luchar, sino porque se hace pasar por cultura lo que no es más que simulacro de ella en el mejor de los casos) ha transplantado la literatura, como si esta fuera una flor de invernadero, al zoco del mercado. Así, del mismo modo que la televisión fue un día utilizada como instrumento de desideologización de los trabajadores (pues

mejor que soportar a un obrero en huelga era darle un televisor en el que ver la vida perfecta a la que podía aspirar), la mercantilización de la literatura, la banalización de la estética, la democratización del «todo vale» que hoy vivimos en el mundo del libro, ha tenido y tiene consecuencias funestas. De ello habla *El último negro* con una rotundidad tanto más demoledora cuanto que su autor, como es de sobra sabido, conoce el mundo de la literatura por dentro desde hace muchos años y desde ópticas distintas.

Ligado a este tema de la prostitución literaria y la muerte de las vocaciones, subyace un segundo asunto que es consecuencia natural de aquél, y que me atrevo a enunciar así, suplantando la voz de Rodrigo Díez del Canchal, atípico biografiado de esta novela donde el Campeador tiene por Tizona un pene inmenso: «Cuídate mucho de decir lo que piensas. Y si, aun así, insistes en hacerlo, no hables nunca en términos de calidad, sino de cantidad». Es como si el triunvirato que un día soñaron los escolásticos, el *unum, bonum, verum* heredado de la tradición platónica, hubiera sido abolido en beneficio del *mucho, malo y falso* de la tradición siglo XX. Ya sabíamos que Roma no paga traidores, pero hace unos meses descubrimos también que el Grupo Prisa, por ejemplo, no acepta la independencia de los críticos en materia de opinión. La defenestración de Ignacio Echevarría es un ejemplo excelente del grado de servilismo al que hemos llegado en esta sociedad donde el discurso crea la realidad. En esta novela, salvo Rodrigo, el rico industrial que puede decir lo que le dé la gana porque tiene dinero, todos mienten o, como dicen ahora nuestros políticos, «no dicen la verdad». Rodrigo sí, Rodrigo, siempre y cuando el negro no le sugiera que se está pasando desde un punto de vista literario, cuenta lo que le viene en gana. Incluso cuando fabula sobre el pasado, o cuando dulcifica la evidencia, o cuando la glosa en parábolas, casi diríamos que lo hace por *sport*, con cierto ánimo juguetero acaso heredado de su pasado como estudiante en Inglaterra, no con la sonrisa carnicera que lucen los negros y negras que le acompañan

en sus peripecias. Por eso, seguramente, el lector puede en esta novela acceder a un universo tan ancho y vasto de referencias, un universo que todo lector con talento hará suyo con sumo gusto, pues, al fin y al cabo, lo que diferencia a una buena novela de una mala novela es el genio de quien la escribe, pero también el genio de quien la lee. Y es que la elocuencia, como decía Carmen Martín Gaité, no está en quien habla, sino en quien escucha; sin ese requisito previo, no hay retórica que alcance, lo que, en romano paladín, significa que el obscuro éxito de ventas de algunos libros nefastos no apunta tanto a la ineptitud del escritor cuanto al cretinismo de los lectores; por eso, insinuaba, y retomo aquí mi discurso, en esta novela podemos oír hablar de Georges Brassens, Carlos García Gual, Terencio, Joseph Conrad, Cesare Beccaria, Karl Marx, Vilfredo Pareto, Menandro, Laurence Sterne y Juan Benet. Sólo he citado 10, pero podrían ser 100, 200 o 300. Y, créanme, por una vez el tamaño de la muestra sí importa.

Así entro ya en el tercer y último tema que deseo recapitular a propósito de *El último negro*. Lo llamaré «la mirada tangerina». Quienes conocen la obra de Ramón Buenaventura saben el papel que Tánger juega en la educación sentimental que su literatura encierra. Es el papel de una ausencia, de un lugar que es leyenda y, como tal, no atesora un tiempo escandido por relojes, sino una cronología mítica, detenida en el instante mismo en que la historia expulsó al cronista de la ciudad y lo convirtió en un ser ya para siempre perplejo. Cuando uno descubre un mundo, como yo descubrí a Rimbaud a los 18 años, salvo catástrofe ya no lo abandona jamás; pero cuando uno pierde un mundo a los 18 años, como Ramón Buenaventura confiesa haber perdido Tánger a esa edad, ya no lo recupera nunca, por mucho que la literatura se obstine en decirnos lo contrario. El inolvidable León Aulaga así lo confiesa en la última línea de *El año que viene en Tánger*: «Toda mi vida es mentira y además no la recuerdo».

Creo que las páginas más hermosas de *El último negro* son, por un lado, aquellas que refieren la vida no infi-

cionada por el bacilo de la mendacidad literaria de Rodrigo Díez del Canchal y, por otro, aquellas en las que el último negro, el último de la lista, Ramón Buenaventura, *Monshito*, identifica pluma y voz para hablar en primera persona y buscar las razones de su pagador, las páginas en las que Tánger está tan presente como sólo lo pueden estar las cosas que ya no nos pertenecen o que ni siquiera existen, las cosas de las que sólo se puede hablar a través de la memoria del niño que vio a su madre convertida en ballena por culpa de los dulces o a través del alcuzcuz servido en una casa de la nada tangerina Somosaguas.

El arte es largo y la vida bastante corta, así que no desperdicien su tiempo y lean esta pretendida «mala novela» que es tan buena como la ironía, la emoción y la inteligencia, las tres armas que, al fin y al cabo, hacen de la literatura una profesión digna y de escritores como Ramón Buenaventura un patrimonio que debemos honrar.

**GIJÓN, 2005**

**© RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN**

**TEXTO LEÍDO EL 5 DE MAYO DE 2005**

**EN EL RESTAURANTE LA GRAN TABERNA (OVIEDO),**

**DURANTE LA PRESENTACIÓN DE *EL ÚLTIMO NEGRO***

**A LA PRENSA ASTURIANA**